

■ I+C: DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA

Ponente: **Josep Gifreu i Pinsachs**

Profesor de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona

■ I+C: DEMOCRACIA E CIUDADANÍA

Relator: **Josep Gifreu i Pinsachs**

Profesor da Universidade Pompeu Fabra de Barcelona



Presentación: el "dilema de Pinter"

El dramaturgo británico Harold Pinter obtuvo el Premio Nobel de Literatura de 2005. El 7 de diciembre de 2005, enfermo, pronunciaba por videoconferencia desde Londres el discurso de aceptación del Nobel, seguido en pantalla desde la Academia Sueca de Estocolmo.

El discurso de Pinter no sólo levantó una gran polémica política por el tono radical contra la Guerra de Irak. Lo que me interesa recordar aquí del discurso de Pinter es el dilema central que plantea desde el principio en relación al conocimiento de la "realidad".

Los dos primeros párrafos de su discurso sitúan sin preámbulos el nudo de la cuestión. Empezaba Pinter recordando su antigua actitud¹:

"En 1958 escribí lo siguiente: 'No hay distinciones nítidas entre lo que es real y lo que no es real, ni entre lo que es verdad y lo que es mentira. Una cosa no es necesariamente verdad o mentira; puede ser al mismo tiempo verdad y mentira'".

Sin embargo, en el segundo párrafo precisaba:

¹ De la traducción en español de *La Vanguardia/Culturas* (28-12-2005).

"Creo que estas afirmaciones tienen todavía sentido y se aplican todavía a la exploración de la realidad por medio del arte. Por eso como autor las suscribo, aunque como ciudadano no puedo hacerlo. Como ciudadano debo preguntar: ¿qué es verdad?, ¿qué es mentira?"

Esta reformulación por Pinter del muy viejo dilema de Pilatos ("¿Qué es la verdad?") ante la realidad insoportable de la guerra de Irak y de sus víctimas, plantea hoy algunos de los interrogantes cruciales sobre el estatuto de la representación de la realidad política, y sobre la mirada constituyente que define y distingue la del artista y la del ciudadano.

Como aspirantes a ciudadanos del mundo debemos preguntarnos dónde está la verdad y dónde la mentira. Ahí está el principal campo de batalla entre los contendientes por la visualización de la verdad, es decir, de la verdad que se disputa cada minuto a través de las imágenes y de las narrativas iconográficas que reclaman asentimiento a la metaverdad del orden imperante, del orden mundial basado en la guerra, y por qué no reconocerlo, en la mentira.

Partiendo del dilema de Pinter, me propongo presentar ante este ilustre foro algunos itinerarios personales de exploración del régimen de visibilidad de la lucha política en el mundo contemporáneo del "post 11-S-01", y del estatuto de las imágenes políticas en relación a la verdad y a la mentira.

Sobre el régimen actual de la visibilidad

He empezado con unas palabras de homenaje a un gran dramaturgo inglés. Permítanme que siga con otro homenaje a un admirado novelista, periodista y luchador antifascista inglés que se interesó precozmente como nadie por el régimen de visibilidad del poder en la sociedad moderna. Me refiero a George Orwell, un viejo conocido para los catalanes, al que nunca agradeceremos suficientemente su fenomenal *Homenatge a Catalunya* (1938). Pero lo que me interesa aquí de Orwell es su obra maestra en forma de novela, *1984* (1948), que este año cumple 60 años.

Mi pregunta sería: ¿Es *1984* una sátira ajustada hoy a la deriva neoliberal de la política mundial del XXI, o bien se debe circunscribir tan sólo al "paraíso" estalinista que tanto odiaba?

Vaya mi respuesta por delante: creo que la novela cumbre de Orwell es sin duda una de las grandes respuestas de la historia cultural del S. XX sobre el régimen de la verdad pública en las sociedades totalitarias. Merece ser de lectura obligada en las escuelas. Pero, ¿aporta algo a la comprensión de nuestro mundo de principios del XXI?

Orwell ideó en los 40 un mapamundi precursor de la Guerra Fría. En el superestado de Oceanía – uno de los tres superestados del mapa político de *1984* --, el establecimiento de la única verdad posible es competencia del Ministerio de la Verdad. ¿Qué hace el Ministerio? Dedicar sus recursos a definir en cada momento qué es la realidad, la actual y la histórica. ¿Cómo? A través de la falsificación sistemática de los documentos y de la “vaporización” de las personas.

Esta obra de ficción ha pasado a la historia de las distopías o antiutopías al lado de otras obras clásicas como *Nosotros* (1920) de Eugene Zamiatin o de *Un mundo feliz* (1932) de Aldous Huxley.

Estas tres obras de ficción, escritas en la primera mitad del XX, han dejado inscritas en la narrativa universal figuras inmortales de representación del poder político. Los personajes del “Benefactor” (Zamiatin), del “Gran Controlador” (Huxley) o del “Gran Hermano” (Orwell) son figuras de una misma raza y textura: son titanes del control. La figura del “Big Brother”, con su ojo omnipresente, es tan universal como la de Hitler, Mussolini o Stalin.

Por el contrario, no es ni de lejos tan conocida la figura del héroe creada por Orwell. El héroe de *1984* es un personaje común. Su mismo nombre lo indica: Winston Smith. Pero el autor hace de él una especie de Prometeo de la realidad oculta: Smith no cesará en su investigación hasta llegar al fondo de la verdad, que se halla en la “Habitación 101”. El precio de la verdad será su definitiva “vaporización”.

Recordemos el currículum de Winston Smith. Es un intelectual, miembro del Partido (único), que trabaja en labores muy delicadas en el Departamento del Registro del Ministerio de la Verdad: la “reescritura” de todo el pasado en función de las instrucciones del Partido en cada momento. Este Departamento también tiene a su cargo toda la producción mediática destinada a los “proles”, a las masas, a las que se sume en una tensión constante a causa de estado permanente de guerra de Oceanía con los otros dos superestados.

Sobre la deriva del "Big Brother"

¿Qué queda hoy de las figuras universales del "Big Brother" y del héroe Winston Smith?

La primera respuesta es obvia: el destino de la figura del "Gran Hermano" es acabar en el tubo digestivo de la televisión y quizás en el de "YouTube". La llamada cultura de masas y de la posmodernidad nos brinda esta paradoja: la figura moderna más universal de la opresión y represión, convertida en uno de los espectáculos televisivos de más éxito en muchos países del mundo. Una paradoja más que nos lleva a recordar las certeras premoniciones sobre la sociedad del espectáculo que nos legó Guy Debord en su obra fundacional de 1967, *La Sociedad del espectáculo*, de la que acabamos de conmemorar su 40 aniversario.

Por tanto, cabe preguntarse: ¿Tiene algún interés todavía el invento de Orwell?

Es evidente que el orden mundial actual no se parece ni de lejos al de los tres superestados de 1984. Las dictaduras cotizan a la baja. La democracia liberal es una forma de gobierno que se va exportando desde Occidente a casi todo el mundo. El modelo de partido único sólo existe en algunos reductos del planeta y parece destinado a la extinción.

Sin embargo, algunas de las plasmaciones centrales del régimen de visibilidad y de propaganda ideadas por Orwell no dejan de suscitar interés, ya no para las sociedades totalitarias clásicas, sino para las sociedades y las políticas neoliberales del mundo que se fragua bajo el imperio americano.

Los ideólogos del neoliberalismo gustan de arremeter contra el modelo orwelliano del gran ojo central del poder, que todo lo controla a través de la vigilancia total y de la policía del pensamiento, arguyendo el triunfo definitivo de la "sociedad abierta".

Pero tales ideólogos suelen desconocer que el mismo Karl Popper escribió al final de sus días un intrigante ensayo titulado "La Televisión, un peligro para la democracia" (1994). Tendré ocasión de volver más adelante sobre la sociedad de la vigilancia que nos depara el orden tecnopolítico de la llamada sociedad de la información.

Buceando en el fondo de la gran sátira de Orwell, se pueden hallar todavía algunos tesoros del doble lenguaje, que a lo mejor sirven hoy para apreciar los sutiles

mecanismos de la relación entre poder y verdad. Como por ejemplo, estas consignas del Partido² :

“La guerra es la paz.”

“La libertad es la esclavitud”.

“La ignorancia es la fuerza”.

O el eslogan del partido aplicado al Ministerio de la Verdad:

“El que controla el pasado controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado”.

Ahora bien, el paradigma del Big Brother sigue suscitando interés teórico y político más allá de su parodia en los programas televisivos. La ecuación que establece Orwell entre visión, conocimiento y gobernación no está muy lejos de los supuestos que desarrollaría más tarde Michel Foucault en su obra de madurez, *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión* (1975), especialmente en relación al panóptico de Jeremy Bentham.

Con el invento carcelario del panóptico, el socialista Bentham pretendía reformar y moralizar la prisión y el sistema penitenciario. El principio moralizador era la transparencia del cubículo del preso y la iluminación de su cuerpo y sus movimientos. “El Panóptico – escribe Foucault --es una máquina de disociar la pareja ver--ser visto: en el anillo periférico, se es totalmente visto, sin ver jamás; en la torre central, se ve todo, sin ser jamás visto”³. “La maquina de ver era (hasta ahora) una especie de cámara oscura donde espiar a los individuos; ahora se convierte en un edificio transparente donde el ejercicio del poder es controlable por la sociedad entera”.

Foucault extiende la idea del panoptismo a toda la sociedad como tecnología básica de la vigilancia y la disciplina que definen el advenimiento de la modernidad. De una “disciplina de excepción” en *l’Ancien Régim*, la transformación operada por las burguesías nacionales conlleva “la extensión progresiva de los dispositivos de disciplina a lo largo de los siglos XVII y XVIII, su multiplicación a través de todo el cuerpo social, la formación de lo que podría llamarse en líneas generales la sociedad disciplinaria”.

² De la traducción al español de R. Vázquez Zamora en Geroge Orwell, 1984, Barcelona, Planeta, 2003.

³ De la traducción al español de A. Garzón del Camino en Michel Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, México, Xiglo XXI, 1975.

Para Foucault, el panoptismo de la modernidad invierte la relación entre espectador y poder. En las monarquías absolutas, el soberano era el objeto de la visión y contemplación del súbdito espectador. Ahora el espectador es el objeto de la iluminación y de la observación desde el ojo invisible del poder. Con la llegada de la Ilustración, el ideal de visibilidad ya no es la manifestación del soberano, sino la "transparencia" de todo el cuerpo social ante el nuevo soberano (sea la burguesía, el Estado, los media o la "opinión pública").

En otras palabras, el poder político se constituye y se ejerce estableciendo su particular régimen de visibilidad en cada estado (nacional). La separación entre zona "visible" y zona "invisible" fundamenta la acción rutinaria y coercitiva del poder. El poder es el punto invisible desde donde se proyecta luz sobre las zonas (que se hacen) visibles.

Por otra parte, Foucault se interesa no sólo por el régimen de visibilidad, sino también por el de la verdad. En su *Genealogía del racismo* (1976), sostiene que en un estado de guerra permanente entre representaciones sociales, la verdad es un punto de vista. El discurso de unos sirve para obtener la victoria contra el de otros. Hay un vínculo fundamental entre relaciones de fuerza y relaciones de verdad. En definitiva, el régimen de la verdad queda supeditado al de la visibilidad, que es prerrogativa constituyente del poder político o Estado.

Sobre el triple estatuto de las imágenes políticas

En fin, interpreto que para Foucault, como antes y en otro contexto teórico lo fue para Max Weber, la verdad oficial en el Estado moderno se construye e impone con el monopolio de la violencia. Para Weber, el poder implica saber. Para Foucault, el saber es poder. Ahora bien, el Estado moderno sólo puede ejercer ese monopolio en el interior de sus fronteras, no en el exterior. No obstante, su condición de Estado (soberano) depende del reconocimiento de los demás Estados.

En otras palabras, el poder del estado se expresa y ejerce a través de dos vías: de su política interior en forma de "pacificación" (sujeción de todos los ciudadanos al poder coercitivo de las instituciones del Estado); y de su política exterior en forma de "soberanía" (reconocimiento formal de igualdad de derechos en las relaciones internacionales, pero sujeción a un orden jerárquico entre Estados soberanos, sustentado en último término en la guerra o la disuasión militar).

En el mapa moderno de los estados nacionales, que abarca todo el planeta, la acción política se despliega de forma complementaria en las dos áreas de actividad correspondientes a las dos políticas generales, la política interior y la política exterior.

En el plano de la política interior, se dan dos tipologías de Estados: los de régimen democrático y los de régimen no democrático. En el primer caso, los actores principales son los partidos políticos que compiten para conseguir a través de las urnas la legitimación de mayorías de gobierno con fecha de "caducidad". La victoria en las urnas de un candidato y de un partido remite a su capacidad de persuasión ante los electores.

En los Estados no democráticos, los gobernantes no tienen el respaldo del voto de una mayoría de los ciudadanos y por tanto la gestión del poder del Estado y la eficacia de sus políticas se basa en último término en la coerción y en la violencia (física y simbólica).

En tercer lugar y para las actuaciones en política exterior, que interesan tanto a los regímenes democráticos como a los no democráticos, la posición diferencial de cada Estado en el orden jerárquico mundial deriva fundamentalmente de su capacidad de disuasión bélica.

Mi hipótesis es que en cada una de estas tres situaciones, una parte substancial del juego político contemporáneo pasa a través de la generación y difusión de imágenes y relatos audiovisuales entre los diferentes actores o contendientes. Ahora bien, en cada uno de los tres supuestos las imágenes de la política adquieren un "tono muscular" diferente, o si se prefiere, tienden a adoptar un estatuto distinto en cada caso a consecuencia del uso estratégico a que destina tales imágenes y relatos el poder del Estado. Veámoslo con más detalle:

a) En el caso de la política interior democrática, las imágenes tienden a adoptar el estatuto preferente de la **persuasión** en un marco de pluralismo y de libertad de opción.

b) En el caso de la política interior no democrática, las imágenes adoptan el estatuto preferente de la **violencia simbólica**, correlato de la violencia estructural sobre la población.

c) Y en el caso de la política exterior, las imágenes adquieren el estatuto preferente de la **disuasión** en un cuadro de relaciones internacionales conformadas a partir de la guerra o de la amenaza de guerra.

En resumen, mi hipótesis apunta a un **estatuto político complejo de las imágenes**, que se define: **1) por su triple dimensión constitutiva de persuasión, de violencia y de disuasión; y 2) por un uso preferente de tales dimensiones en función de la estrategia adoptada por los actores e interlocutores políticos en cada circunstancia.**

Esta propuesta seminal de definición requiere, por una parte, la fundamentación y desarrollo analítico de las tres dimensiones en el discurso de las imágenes y narrativas audiovisuales de interés político; y por otra, reclama una investigación continua, de carácter histórico y comparativo, sobre las estrategias de interlocución a través de imágenes y relatos audiovisuales entre los principales actores políticos en cada situación concreta.

Queda por hacer el desarrollo de esta propuesta. De momento, voy a proseguir con mi exploración de la deriva de la política y de sus actores principales en las condiciones actuales del acceso y del ejercicio del poder en un cuadro general de interlocución a través del predominio de las imágenes y de las icononarrativas. Condiciones que permiten hablar de una cierta postmodernidad en la cultura política, o lo que es lo mismo, el proceso de transición de la acción política clásica a la acción por la representación iconográfica o pospolítica.

Sobre las dos caras de la pospolítica

Llegados a este punto, podríamos aventurar que el gran ojo ideado por nuestro amigo Orwell no deja de ser un panóptico muy sofisticado, al menos para el momento de su creación (entre 1946 y 1948). Si el de Bentham sólo conocía la tecnología de la visión derivada del ojo humano y de la luz solar, el modelo orwelliano da un salto de dos siglos consiguiendo diseñar un régimen de vigilancia sumamente refinado, basado por un lado en las telepantallas captadoras y transmisoras, y por otro en la propaganda de masas, con un microprograma estelar, el dedicado a los "Dos minutos de Odio" diarios.

Por supuesto, en 60 años los avances científicos y tecnológicos han dejado obsoletos los artefactos de la visión y control de entonces. Pero sólo hasta cierto punto. Por ejemplo, el diseño arquitectónico de Bentham ha inspirado durante siglos no sólo las cárceles

“modelo” de medio mundo sino también, hospitales, cuarteles, escuelas, hoteles, etc. Y el modelo de control del Big Brother sigue inspirando las prácticas y políticas de los grandes estados del mundo, que no cejan en concentrar esfuerzos y recursos en lo que Paul Virilio denominó *La máquina de la visión* (1989) y David Lyon *El ojo electrónico* (1995), entre otros muchos autores.

En este cuadro de transiciones y de profundos cambios de paradigmas tecnológicos y comunicativos de la sociedad global y del mundo post 11-S-01, ¿qué tendencias parecen imperar en la representación de la política y en las manifestaciones del poder del Estado? ¿Cuál es el régimen predominante de la visibilidad del poder y de la política en los dirigentes mundiales y en sus respectivos rituales políticos de representación y de expresión?

Con estas y otras preguntas, soy consciente de que abro una caja de Pandora que no podré cerrar. Se trata de líneas de trabajo e investigación comparada que requieren tiempo y metodologías multidisciplinares para aportar respuestas razonables y fundadas.

A título meramente exploratorio planteo aquí el interés de observar las dos caras de la pospolítica, es decir, de la era en que la política se juega fundamentalmente a través de las imágenes y de las icononarrativas del poder. Como el dios romano Janus, el dios de las puertas y los portales, también el poder de la pospolítica tiene dos caras, la que se ve y la que se oculta.

Con la evolución de la comunicación política, la cara más **visible** del poder está adoptando un modelo de mediación comunicativa – o si se quiere de “media logics” – que oscila entre el **modelo periodístico de la definición iconográfica de la realidad** y el **modelo de las relaciones públicas para la captación de la benevolencia de los espectadores**. En esta línea de comprensión de la mostración del poder, la creación de imagen y el control de la recepción popular de esa imagen – del líder, del partido, del gobierno, de las políticas, etc. – llegan a constituir el objetivo estratégico del liderazgo político para la preservación de su valor máspreciado, la misma conservación del poder.

A tal fin, los aparatos del poder político – ya sean los gobiernos, los partidos o los candidatos electorales – no regatean recursos ni esfuerzos para la autopresentación mediática en una aureola de demiurgo. Una vez en el poder, el líder de la nación – llámese George Bush, Vladimir Putin, Tony Blair, Nicolas Sarkozy o Alvaro Uribe – sufre

una especie de trans-figuración a través de la mediación iconográfica. La visión y exaltación de su aureola demiúrgica es prueba de liderazgo para las élites y los ciudadanos de la nación, y es efecto disuasorio para sus adversarios y las demás naciones.

Con el objeto de obtener la máxima empatía de unos y el temor de los otros, el líder debe dotarse y hacer alarde de las cualidades que le acrediten como líder carismático ante los públicos de sus escenificaciones. El primer atributo a exhibir, por ejemplo, en las primarias presidenciales americanas o en los debates cara a cara es la capacidad de comunicación del candidato ante las cámaras: ser "telegénico", ágil de reflejos, simpático, ocurrente, etc. No importa tanto la ideología, la coherencia, el razonamiento, la ética, cuanto la captación empática del público telespectador. A toda costa, a todo precio. Las cámaras seguirán al líder a todas partes. Le muestran en las recepciones, en la calle, besando a los niños, visitando un hospital, paseando con su esposa, amenazando a los terroristas, implorando la bendición de Dios. Las imágenes del líder no distinguen ya entre representación pública y privada: su simple aparición genera flujos de iconos para la sociedad del espectáculo.

Por otra parte, llegar a presidente en democracia conlleva la simulación de la transparencia del poder, la simulación ante los públicos espectadores de la visibilidad total del ejercicio del poder del Estado. La tentación populista parece inherente a la personalización casireligiosa del líder, legitimado en la cúspide del poder a través del gran ritual democrático del proceso electoral. Por tanto, visibilidad del líder y populismo de la representación política parecen avanzar a la par.

Pongamos un caso conocido: el presidente francés Nicolas Sarkozy. En su trayectoria hacia el Elíseo y en su primera fase de eclosión y representación como presidente de Francia, Nicolas Sarkozy se ha hecho acreedor al mote de "le Petit Napoleón" con que cierta prensa le ha bautizado. Algunos analistas sostienen que la aplastante victoria de Sarkozy contra Ségolène Royal se debió en parte a su gran capacidad de invención y provocación como líder-espectáculo. Su vida personal y sus amores de escándalo merecen continuamente la atención de los grandes medios, aparte de la prensa rosa.

Ahora bien, la pospolítica presenta otra cara, la más **oculta**: es la propia de la sociedad de la vigilancia y del terror. La simulación de la visibilidad del poder presidencial presupone la separación neta entre zona visible y zona invisible del Estado: desde la invisible, al modo panóptico, el poder toma las decisiones más trascendentes para el

control de los actores principales en liza y allí guarda los llamados "secretos de estado"; y desde la visible, ejerce estricta y absoluta vigilancia para prevenir o en su caso encauzar y zanzar los conflictos.

Por ejemplo, recordemos la gestión de la llamada "victoria" de los aliados sobre Irak. Bush escenificó y proclamó por televisión la "gran victoria" el 1 de mayo de 2003 desde el marco incomparable del portaaviones Abraham Lincoln anclado cerca de San Diego (California). La cobertura de los grandes medios americanos sobre la llamada "victoria" era coherente con los patrones de cobertura de la guerra por parte de esos medios, los cuales – según muchos estudios publicados en Estados Unidos -- habían aceptado un pacto más o menos tácito de "contención informativa" y de "colaboración con la Administración" tras los trágicos atentados del 11-S-01.

Gracias a las nuevas tecnologías de vigilancia electrónica, informáticas y otras, los Estados más desarrollados tienen a disposición múltiples sistemas para capturar, analizar y controlar la vida privada y el perfil de cada individuo de modo permanente.

Ficheros informatizados de administraciones públicas y de empresas privadas, con millones de ciudadanos o consumidores con sus datos personales, familiares, etc.; las tarjetas de crédito con acumulación de datos sobre compras y perfiles de consumo; teléfonos móviles, que permiten multitud de operaciones como la escucha de comunicaciones o la localización del usuario; la videovigilancia a través de cámaras situadas en la calle (en Gran Bretaña hay más de 4 millones) o en locales de acceso para el público, los radares en las carreteras, etc., que permiten la automatización y sistematización de las identidades individuales a gran escala; los implantes de microchips en productos determinados y también en humanos para su localización; el seguimiento automático a través de Internet de los usuarios de ciertos servicios gracias a los ficheros "cookies", interrogables a distancia por el navegador o el sistema; en Internet, el auténtico Big Brother electrónico es Microsoft con su sistema Windows y su navegador Internet Explorer, que detentan un número de identificación de cada cliente, el cual permite a Microsoft la consulta a distancia del disco duro del usuario; y en fin, el sistema mundial de escuchas de la red Echelon sobre cualquier soporte (teléfono, fax, e-mail o satélite), gestionada por la NSA norteamericana con la colaboración de cinco Estados (Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda).

Tales sistemas y tecnologías de vigilancia y control de la población adquieren una nueva dimensión tras el 11-S-01 y con las dos guerras de Afganistán e Irak y los atentados de

Madrid y de Londres y los últimos en Pakistán, etc. Como en la novela de Orwell, las manifestaciones espectaculares del poder deben acompañarse con la generación y alimentación de un clima de temor ante el enemigo intruso. Como ha anilizado Altheide, entre otros, en su libro *Creating Fear* (2002), el sistema de los medios debe coadyuvar a investigar y a delatar a los sospechosos de desviación y de terrorismo. Com es sabido, tras el 11-S-01 la administración Bush hizo aprobar por el Congreso la famosa ley "USA PATRIOT Act" (acrónimo de "Uniting and Strengthening America by Providing Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism"), que daba carta blanca a las agencias de seguridad e inteligencia para la lucha contra el terrorismo dentro y fuera de Estados Unidos.

En estos días, la OTAN acaba de publicar un informe para un plan de acción mundial (*Towards a Grand Strategy for an Uncertain World*) que pretende garantizar la seguridad en un mundo "erosionado por la proliferación de información, de conocimiento y de opciones"; para ello, los cinco autores, reputados generales de la OTAN, proponen una nueva Alianza Atlántica con capacidad de ataques nucleares incluso preventivos.

Sobre las caras de la resistencia

La enorme complejidad de los intereses en juego y de los actores en conflicto en un mundo globalizado sin gobierno, y con la presión de las grandes corporaciones multinacionales, ¿cómo podemos sentirnos y ejercer de ciudadanos del mundo? Por más cosmopolitas que queramos llegar a ser, como nos recomienda por ejemplo Ulrik Beck, la realidad política y legal nos impone ser tan sólo ciudadanos de un Estado. Somos "nacionales" de un solo espacio político de ciudadanía regulada.

Y no obstante, la vocación de ciudadanos de un mundo en peligro y en transformación nos hace abrir los ojos para ser capaces de percibir las diferentes caras de la resistencia contra un orden mundial que no puede disimular ni tapar las grandes vergüenzas de la barbarie.

Tenía razón seguramente Foucault al definir la sociedad moderna como una sociedad disciplinaria, y al incluir a los medios entre las instituciones disciplinarias. Pero, como arguye John B. Thompson, no podemos comprender las relaciones cambiantes entre poder y visibilidad en nuestra sociedad focalizando sólo la atención en la vigilancia y olvidando el creciente potencial de los medios y de las imágenes.

Es cierto que los medios, sobre todo los más comprometidos con las élites conservadoras o con los grandes negocios de la economía mundial, pueden pactar con el poder el mantenimiento de ciertas zonas de invisibilidad para beneficio mutuo. No obstante, la lógica profunda de los medios, incluso como medios del espectáculo, reclama la visibilidad de los políticos y del poder.

A diferencia del panóptico de Bentham, que induce la visibilidad de muchos ante unos pocos, los media imponen lo contrario. Como escribe Thompson, "gracias a los medios, son principalmente aquellos que ejercen el poder, más que aquellos sobre los que se ejerce el poder, quienes están sujetos a un nuevo tipo de visibilidad"⁴. Y lo más interesante: la creciente visibilidad de la política derivada de la expansión de los medios es "una espada de doble filo". Ofrece en efecto una infinidad de oportunidades para la representación de la política y para los líderes políticos, pero también acarrea graves y constantes riesgos para el político y la representación de sus actuaciones. El político ya no puede controlar las múltiples cadenas y redes de generación y difusión de imágenes y de icononarrativas sobre su persona, su equipo, sus familiares o su partido. Un pequeño "error" ante las cámaras puede arruinar una larga carrera.

El nuevo tipo de visibilidad mediática omnipresente causa gran fragilidad en el líder político, que puede verse fácilmente involucrado en algún "escándalo", por cierto, una de las formas más habituales de construir el "espectáculo" político, tal como lo ha analizado el mismo Thompson en *Political Scandal* (2000).

Por tanto, el nuevo régimen de visibilidad de la política evoluciona hasta principios del XXI a partir de al menos tres frentes:

- la proliferación de tecnologías de la visión y de medios de transmisión especialmente a través de Internet;
- la espectacularización de la política y de los políticos, singularmente con la emergencia de la personalización y las prácticas neopopulistas de la representación; y
- la emergencia de una nueva cultura política mundial contra la guerra y a favor de la convivencia y el diálogo entre pueblos y culturas, movimientos que también

⁴ John B. Thompson, "The New Visibility", *Theory, Culture & Society*, 22-6, 2005, pp 31-51.

generan corrientes de complicidad crítica entre profesionales del periodismo y de la imagen.

En fin, surgen por doquier innumerables formas y ejemplos de resistencia mediática. Resistencias que explotan la mediación de las imágenes y de las narrativas audiovisuales contra el “nuevo orden” mundial impuesto desde el imperio con la fuerza de las armas, la ayuda de las mentiras y la razón del “doblepensar” (la superación del principio de contradicción entre verdad y mentira en el universo del Big Brother).

A los efectos de esta conferencia, mencionaré brevemente para terminar tres líneas de resistencia activa contra la visión y/u ocultación de las imágenes de la barbarie.

■ La investigación de la verdad

Diferentes formas de investigación de la verdad y su plasmación en narrativas visuales y audiovisuales son cada día más frecuentes y relevantes. Las ciencias prestan una ayuda crucial para determinar la verdad de ciertos procesos y conflictos al modo como por ejemplo la medicina forense dictamina sobre las circunstancias y las causas de la muerte. Como ha dejado escrito John Hartley en *The Politics of Pictures* (1992), las imágenes también son pruebas forenses para llevar al foro público y al juicio de la historia. Tenemos todavía en la mente imágenes horribles de los desmanes de las fuerzas de ocupación en Irak: ahí están para vergüenza de los soldados “civilizados” las imágenes de las torturas de Abu Graibh.

Los medios y sus profesionales – periodistas, fotoperiodistas, documentalistas, guionistas, etc. – valoran más y más el compromiso con la verdad y con la iluminación de las zonas oscuras o invisibles. El periodismo de investigación, los documentales políticos de cine y de televisión, incluso buena parte de la ficción serial televisiva y de la ficción cinematográfica, abordan a menudo aspectos cruciales de la intervención política, bélica y policial en los conflictos.

■ La movilización civil a través de la visibilidad

Con la irrupción de las tecnologías domésticas de la visión y del tratamiento digital de la imagen y sonido, el campo de la observación y de la mostración de la realidad social y política se ha extendido de forma exponencial. Muchos de los instrumentos de control diseñados para la sociedad de la vigilancia pueden usarse contra sus amos y señores.

Los teléfonos móviles con sus minicámaras y sus mensajes SMS están al alcance de casi todo el mundo para denunciar o intervenir. Internet pone a disposición canales de difusión mundial de imágenes y relatos a través de las páginas web, los blogs personales o YouTube u otras plataformas gratuitas.

Cada día se hace más difícil para el poder, los políticos, los señores de la guerra o de las multinacionales, mantener el secreto de sus planes y operaciones en cualquier parte del mundo. Los movimientos sociales y humanitarios han sabido incorporar a sus estrategias de sensibilización e intervención la generación y transmisión permanente de imágenes y relatos audiovisuales sobre sus objetivos, actividades y logros. Des del Foro Social Mundial al movimiento contra la Guerra de Irak, desde los movimientos feministas a los ecologistas o a los de liberación nacional, todos han hecho de la batalla por su visibilidad un objetivo fundamental.

■ La risa política en las pantallas

Una de las formas más sutiles y quizás más eficaces de resistencia contra el régimen de la verdad oficialmente imperante, es decir, contra el "doblepensar", es la visibilidad de la risa política en las pantallas. Ciertamente que el humor político tiene una larga tradición en la prensa y en el cine, especialmente en las democracias. No obstante, la televisión e Internet parecen apostar por una nueva frontera del humor político, no sólo porque agudizan su voluntad transgresora, sino por otras dos razones: la voluntad de intervención crítica en relación a la más rabiosa actualidad de los eventos y conflictos políticos y por la gran aceptación y expectación que suscitan en los respectivos públicos, más allá de los formatos o géneros que adopten.